

Las formas

Las promesas que se hacen al electorado con la certeza de que no se cumplirán nunca, los insultos al adversario político, las zancadillas, la verdad a medias o la mentira más burda y los demás ruidos de la campaña electoral, que para algunos son estrategia, me han hecho pensar en lo ausentes que están las formas cuando de la conquista del poder se trata. Y, sin embargo, las formas son esenciales para apreciar la calidad de una democracia o para distinguir entre democracia y dictadura. De hecho, aunque un demócrata puede ser un mal gobernante y un dictador lo puede ser magnífico, un pueblo sano siempre preferirá el demócrata al dictador, simplemente por la diferente forma en que uno y otro han llegado al poder o se mantienen en él.

Parece claro, a raíz de lo que vemos, que para los partidos políticos lo primordial es conseguir el poder y que les importan poco las formas, supuestamente (lo que es mucho suponer) porque sólo gobernando pueden llevar a cabo sus programas políticos, que son los mejores para la sociedad, y que, cuando ya están gobernando, lo más importante de todo es seguir mandando para, supuestamente, seguir consiguiendo el bien común. Así que los ciudadanos somos, antes que nada, votantes, esto es, seres a los que se puede tomar el pelo con total impunidad, entre otras cosas porque al ciudadano medio –que está encuadrado de por vida– le importan poco las formas y lo único que quiere es que ganen los suyos, aunque sea de penalti injusto, o, por lo menos, que no ganen sus máximos rivales. Porque el ciudadano medio es, usualmente, forofó de unas siglas, a las que vota pase lo que pase y se presente quien se presente, pues en su fuero interno tiene vocación de cornudo y apaleado, de jodido pero contento.

Juan Bosco Castilla